

# Nos hundimos

Marcelo Somarriva Q.



Un amigo me cuenta que por fin logró entender el caso MOP-gate, ese escándalo de las coimas en el Ministerio de Obras Públicas durante el gobierno de Lagos hace veinte años. La explicación la encontró leyendo “La historia oculta de la década socialista”, de Ascanio Cavallo y Rocío Montes, libro que me recomendó con entusiasmo. Me pregunto si en la época actual, cuando todo se sabe tan rápido, habrá alguna historia oculta que contar. Es evidente que siempre hay secretos, pero ahora todo se “filtra” —como se dice— y no hay mejor prueba de esto que someter a un iPhone a un interrogatorio.

Recuerdo —sin ninguna nostalgia— los años del famoso caso MOP-gate, cuando esos escándalos de corrupción se revelaban de manera espaciada con una regularidad mensual o trimestral, casi como por entregas, como las series que entonces se transmitían por la tele y que sólo podían verse una vez a la semana. Frente a estos casos el público se comportaba tal

como lo hacía ante la pantalla: los primeros capítulos se miraban con entusiasmo frenético, pero pronto se perdía el hilo, la cosa se complicaba y la serie se disolvía hasta olvidarse por completo, o casi. Luego salía una nueva y la rutina se repetía. Algo parecido ocurría con las denuncias, escándalos o las crisis. Cada una tenía su temporada y la reemplazaba la siguiente.

Ahora, en cambio, denuncias y crisis se acumulan y comparecen de manera simultánea en distintas partes y a todo volumen. Es casi imposible ignorarlas y también seguirlas con atención. No hay semana que no traiga una historia nueva o le añada algo a alguna situación anterior y todo sigue supurando. No creo que esto se deba a la ineptitud de este gobierno, sino a la forma como internet y las redes sociales han moldeado nuestra vida social u política. Esta semana tuvimos los escándalos en la Corte Suprema, las alzas de las cuentas de la luz, la Conaf, alguna novedad en el llamado “Caso convenios” y otros más que se me olvidan. Y, mien-

tras, los políticos siguen habitando en su mundo paralelo dando espectaculares vueltas de carnero y haciendo nuevos despliegues de canibalismo.

Desde los tiempos del gobierno de Lagos que se habla del malestar en la sociedad chilena y hoy no falta el ser de luz que nos anuncia compungido que la

gente ya no da más de tanto abuso y que en cualquier momento va a explotar. Pero la verdad es que las personas no explotan como si estuvieran rellenas de nitrato de amonio. Los chilenos estamos más o menos acostumbrados a vivir con dificultades y a poner el hombro frente

a nuestras habituales catástrofes naturales —y cada vez más artificiales— de terremotos, aluviones e incendios. Me parece que esto de vivir sintiendo que alrededor nuestro todo está en crisis, derrumbándose o en descomposición es una nueva forma de agobio. No me extraña que todos estemos más o menos podridos de sentir que el bote en el que viajamos hace agua por todos lados.

**“No me extraña que todos estemos más o menos podridos de sentir que el bote en el que viajamos hace agua por todos lados”.**